

## EL MAESTRO VILLA, EDUCADOR DE MUCHEDUMBRES

LA gran explanada de Rosales aparece llena de un público compacto, que escucha con religioso silencio. En el quiosco, la Banda Municipal interpreta la fantasía de *La Revoltosa*, del insigne Chapí. ¿Cuántas almas se apiñarán a su alrededor? ¿Diez mil? ¿Quince mil quizá? Cuando termina la Banda y estalla un atronador tableteo de aplausos, el maestro Villa, encaramado en su tarima y con la batuta todavía en la mano, alza los brazos y se inclina en reverencias, agradeciendo la ovación de "su público". Porque éste es "su público", su verdadero público; el que le sigue de verbena en verbena y de fiesta en fiesta; el de las "mañanitas del Retiro", en primavera, y las noches de Rosales, en verano; el de los conciertos populares en el Español, y el de todas las funciones benéficas que en Madrid se celebran. Cuando los organizadores de una fiesta quieren tener la seguridad de contar con el gran público, con la enorme masa, acuden a Villa, para que con su Banda realice el milagro. Y Villa, con su batuta en alto, como la espada de un general, acude, llevando en pos a un ejército de devotos y admiradores.

Desde la barandilla del templete, el maestro y yo contemplamos el aspecto de aquel conjunto abigarrado en que se mueven millares de cabezas. Tras de las filas de sillas y del

público en pie se ven las mesas de los aguaduchos que se desbordan por los límites del paseo hasta el gran mirador sobre la Florida. Las lucecitas de la estación dan en la noche apariencia de puerito a la hondonada. Más allá, las sombras de la Casa de Campo y la gran llanura, hasta los Carabancheles, parece un mar quieto y silencioso.

De vez en cuando la brisa que envía el Guadarrama llega hasta nosotros, perfumada por los pinares de la Moncloa. Realmente, el emplazamiento de estos conciertos al aire libre es un acierto. Estamos en el punto más hermoso y agradable de Madrid.

—Diga usted, maestro: ¿qué música prefiere el público?

—La española. Mire usted: aparte de que es natural que los públicos prefieran su música propia, que les hace sentir más que cualquier otra, en general prefieren lo que conocen, la música que, por haberla escuchado mucho, comprenden mejor. Esto es tan cierto, que de día en día noto una mayor comprensión de aquella música que con mayor asiduidad tocamos. Así, Wágner tiene un enorme público, y puedo asegurar que todos lo entienden y lo escuchan con gusto.

—¿Cuántos conciertos da la Banda anualmente?

—De ciento a ciento diez.

—¿Y cuántas obras tiene en su repertorio?

—Unas quinientas.



EL MAESTRO D. RICARDO VILLA DIRIGIENDO LA BANDA MUNICIPAL



EL PUBLICO EN LOS CONCIERTOS DE LA BANDA MUNICIPAL EN EL PASEO DE ROSALES. (FOTOS V. MURO)

—¡Gran labor para concertarlas!

—No tiene usted idea. Cuando se creó la Banda, en mil novecientos nueve, yo, al mismo tiempo que la formaba, me iba preocupando de formar el repertorio. Conseguí tener diez y siete obras al debutar; pero aquel mismo día me encontré con diez contratos, y ya comprenderá usted el conflicto. A costa de improbables esfuerzos conseguimos ir concertando e instrumentando el repertorio, que yo busco y arreglo de lo lírico y sinfónico, porque prefiero aproximarme todo lo que puedo a la orquesta.

—¿Cuántos profesores tiene la Banda?

—Ochenta y ocho; de ellos, cincuenta por oposición.

—Y usted ¿cómo fué elegido?

—Por aclamación. Era yo, y sigo siendo, director de la orquesta del teatro Real cuando el Ayuntamiento acordó la creación de la Banda, y al tratarse de quién había de dirigirla se me nombró, como le digo, por aclamación.

—¿Usted es madrileño?

—Bautizado en San José; en el corazón de Madrid, como quien dice.

—Y antes de dirigir la Banda, ¿qué otros cargos análogos había tenido?

—Era entonces director de orquesta en el Real y de la Sociedad de Conciertos. Pero mucho antes ya había hecho yo ensayos para popularizar las aficiones líricas. En el año noventa y nueve, en el Buen Retiro, dirigí una temporada de ópera, y en ella puse *La Bohème*, que todavía no se había cantado en el Real y si tan sólo en el antiguo Príncipe Alfonso. Entoices pude apreciar las grandes condiciones del pueblo de Madrid para una educación musical.

—¿Qué recuerda usted con mayor emoción de su carrera?

—Los conciertos en Pamplona, el año novecientos uno, acompañando a Sarasate. ¡Qué triunfos aquéllos! Le había compuesto yo la *Rapsodia asturiana*, que era uno de sus grandes éxitos, por la que me regaló un magnífico alfiler de perlas y brillantes, que conservo como una reliquia. Real-

mente, no puedo quejarme. Mi historia musical es muy halagüeña, y he recibido pruebas de afecto y admiración verdaderamente considerables. Entre ellas, obsequios de la Reina doña Cristina y de la infanta doña Isabel, como pergaminos y coronas de diferentes Centros y entidades. Vea usted este reloj. Es una alhaja; en su tapa dice: "El pueblo de Albacete al maestro Villa."

—¿Y condecoraciones?

—Su Majestad el Rey me concedió la cruz de Alfonso XII, y tengo también la del Mérito Militar y la de las palmas en oro de Bélgica. Soy, además, caballero de la Corona de Italia.

—¿Qué es lo que lo tiene más contento de sí mismo?

—Esto.

Y el maestro Villa extendió su brazo, armado ya de la batuta, y me mostró el movimiento iniciado en la multitud, ante la proximidad de la reanudación del concierto. Se apretujaban las gentes hasta lo inverosímil para lograr acercarse todo lo posible. Era un torbellino alocado y tumultuoso que producía casi espanto.

—Pero verá usted —continuó el maestro— en cuanto yo levante la batuta. El otro día teníamos un programa un poco extenso, y yo, en una selección de la zarzuela *Alma de Dios*, suprimí del comienzo unas seguidillas en las que los trombones lanzan unos sonidos especiales, y comencé casi en *El vagabundo*. El público, al darse cuenta, rompió a aplaudir extemporánea y persistentemente. Tuve que suspender. Me volví, me sonreí, sonrieron ellos también, y, como dos amigos que se entienden perfectamente, comencé de nuevo y atacé las seguidillas. Y es que "mi público", aun cuando quiere protestar, aplaude.

Se habían ido formando los profesores, hasta llenar por completo el templete. El maestro Villa, de un salto, subió a su tarima, pasó rápidamente unas cuantas hojas enormes de la partitura, miró a su alrededor, levantó la batuta...

Se hizo un silencio religioso, casi absoluto.

RAMON MARTINEZ DE LA RIVA.